

**Autora: Estela Casais Díaz**

Antigua alumna del Grado en Estudios Ingleses de la UNED de Cartagena

ANAGRAMAS DEL SILENCIO

En el principio era la nada,  
en forma de silencio,  
pero llegó el hastío  
de la primera campanada,  
cuando ni siquiera existía el día,  
pues el silencio todo lo ensombrecía,  
hasta que el horizonte le abrió paso  
dejando su oscura sonrisa soterrada,  
pero bien sabía el universo,  
que algo oculto guardaba.

Aguantó bajo la tierra amiga,  
esperando un atisbo de optimismo,  
en medio de la sibilante madre naturaleza  
que con su recóndito silencio contrastaba.

El silencio de la penumbra  
jugaba con la sombra de los cipreses  
hasta que el rugido de la Sabana  
floreció de repente,  
y de su guerra con el silencio surgió la vida.

Entonces se creó el universo  
en un silencio absoluto,

con la montaña aliada,  
como testigo,  
de la nada al todo  
en un suspiro.

El silencio despertó de su letargo profundo  
y el camino se llenó de piedras palpitantes, fuego y agua,  
y en él, el silencio, conoció sus distintas formas  
creando su propio trasmundo  
para intentar salir ileso  
en todo ese proceso  
que algunos ahora llaman existencia.

De lo certero de una ausencia,  
la suya propia,  
tan sigilosa que su presencia,  
con discreción y recato  
guardó un mutismo sin alegato,  
a lo incierto de su esencia.

Al principio del camino  
el silencio de una pieza musical invadía cada recodo,  
y la luna caía rendida ante los acordes de un pentagrama  
y, con cada silencio, su plenitud  
y el silencio de sus ojos serenos.

El rocío de la mañana  
acariciaba su silencio,  
y entre nota y acorde,  
descubría el silencio del amor infinito con gran quietud  
mientras la aurora boreal con su halo de misterio  
vestía la ausencia de ruido  
al son de un lento silbido.

“Verde,  
contraste de colores,  
adoro el color verde,  
el color, las flores.  
Primavera verde,  
primavera de colores,  
atrae a tus gentes,  
salid a los balcones,  
que ha llegado la primera,  
y con ella el color verde y todas sus flores”.

Aurora de rosados dedos  
su luna de pergamino preciosa tocando venía  
con su inquietante melodía  
mientras las ondas de la luz al beso  
palpitaban encendidas  
mientras el sol desgarraba las nubes  
y de lava y estrellas vestía.  
Por su mirada un mundo, por su sonrisa, un cielo,

rompió, derribó, el silencio, su muro.

“¡Oh, sol! Al amor yo saludo”.

Al florecer las rosas madrugaron  
ante la presencia de dos enamorados.

“Que tu sepulcro cubra de flores primavera  
que el grito deje en el viento  
una sombra de mi amor por ti.

El olor a vida de tus prados,  
me obliga a sentirme unida a ti,  
el olor a ceniza, de tus quebrantos,  
irradia mi ira,  
provoca mi llanto”.

El silencio entonces en un intento de símil,  
Hiper voló a lo más alto  
Alineando el rastro que le dirigía a su metafórica sin salida.  
Le pidió disculpas mil veces a su ingenio  
Por dotarle de inverosímiles metonimias  
Por miedo de llamar a las cosas por su nombre.  
Mientras la luna le sonreía desde lo alto del cielo  
Encontró la manera de decir lo más bello  
Y callado, construyó una alegoría  
que le acercase a la forma de no decir nada.  
Pero ni mucha ilusión ni poca,  
ni mucha razón ni loca,  
ni mucha lucha si toca,

pudo combatir al símil e ignorar las palabras de su boca.

“Rudo camino,  
dulce espera,  
tierna alegría,  
y yo ni lo sabía,  
lo que significar para mi era.  
Aliteración de mis sentidos,  
Si la espera se hace esperar,  
Paradójica la sinestesia de mis respiros,  
Si siento que ya no estás”.

Todas las etopeyas que lo describían  
eran imposibles de explicar  
este sin sentido absurdo  
que no había hecho más que acabar.

“Y sin en un recóndito mundo de fantasía te encontrase  
Y si sin quererlo, lo sabía, y era tan solo una fase...  
Y si fuese una falacia despojada de rebeldía y me fallase...  
Y si en un hueco de mi alma yo te hallase.  
Y si en un atisbo de cordura me alejase de mi mundo  
poblado de osadía y tantas clases...  
de pretextos que pudiera adornar en una sola frase  
y si en el fondo del abismo te esperase...  
y si en un intento de usar el subjuntivo  
de verdad me enamorase

y si siempre estoy ahí, pase lo que pase.

Hipnótico reflejo de luz incandescente,  
fiel testigo de los más recónditos secretos, de vivencias e ilusiones,  
alcanzarte un perseguido reto,  
has visto unir corazones bajo tu cuerpo celeste,  
privilegiada tú,  
que ves morir el día cada noche.

Cuestionada diosa del agua,  
después del crepúsculo quedas tú,  
sencillez tu hermosura,  
y la fuerza que irradas  
el reflejo puro de tu plenitud.

Leal amiga compartida,  
contigo empieza mi partida,  
el desafío de mis días,  
culmina cuando fulminas.

Ardiente fuego de silencio,  
te haces pequeña con cada mentira,  
cuando escuchas nuestras plegarias recobras vida,  
valiente madre,  
enigmática tu salida,  
alegre siempre tu despedida.

Leal confidente  
vives esperando ese momento  
en el que todo merece la pena,  
mientras tanto consuelas el llanto

de los que morimos por tu canto  
y a otros tantos los desvelas.

Hay noches plenas  
de acantilados,  
barrancos, cauces,  
cantos rodados.

Estarás conmigo, amor, hasta la hora  
de tocar las campanas a rebato.

Tormentas, olas,  
Montañas, ríos,  
Calor, amor, caliente,  
Frío, mi amor, frío.

Estarás conmigo, amor, hasta la muerte  
de los sauces, los geranios y los lirios.

Ahora estás, amor,  
y eres mía,  
mañana, amor, si tú no estás,  
melancolía.

Y después, cuando el sueño nos derrote,  
estarás conmigo, amor, en mis cenizas.

En las dudas, en los miedos,  
ellas crecen

Son la sangre compartida

Nos envejecen.

En los meandros, amor: el río,

Las auroras y las tardes enmudecen”.

Entonces vino la tiniebla,  
al no recibir la respuesta esperada,  
conoció el silencio que ofende,  
y la ofensa del silencio  
le dibujaba una nueva cara.

Conoció su verdad  
esa que nadie entiende,  
y encendió su nueva realidad  
“vuestra paz era la imagen de mi vida  
ahora que ya no estás,  
¿quién me ayuda a cerrar la herida?  
El mar tranquilo,  
el mar embravecido,  
cuántas caras, cuánto mares, cuántos ríos...  
El mar tranquilo,  
En la barquita reman,  
los pescadores,  
en la mar serena.  
Mar embravecido,  
recobras vida,  
¿acaso te engañaron,  
y por eso nos condenas?  
Tu cara dulce, tu cara buena,  
tu cara, amarga, la que nos dejas.  
Por qué de pronto, sin avisar,  
te enfadas tanto, te vas sin más”.

Conoció en su viaje  
impostores que se hicieron pasar por amigos,  
amigos que no apostaron nada.  
Enemigos defensores de lo indefendible  
y el amor incondicional de una madre, la madre tierra.

Su condición de silencio,  
le hizo convertirse en su propio espectador,  
y en esa lucha de egos,  
aliciente de alma vacías,  
no necesitó ya demostrarse nada a sí mismo.  
Comprendió que en medio de la batalla campal,  
mejor pasar desapercibido  
para ver si así el ego obviaba su animada presencia  
sin atisbos de otra cosa que conciencia y pureza.

Al fondo, el arbitraje se medía con escollos y a empujones,  
Y, sin ninguno cedía, o la presencia de un alma pura habitaba,  
era el ego quien decidía a última instancia.

Descubrió que, caminar sin ruido,  
era la única clave para la salvación y el éxito  
en un mundo dónde la unidad de medida  
era la inconsciencia humana.

Consciente de una humana presencia,  
el mediador se planteaba la eterna pregunta de la supervivencia  
en un mundo dónde los números habitaban ya  
los recónditos lugares que un día se llamaban alma.

Hermes planeaba su estrategia

mientras Artrea observaba su jugada sin subterfugios.

Tan sólo observaba

aunque consciente de que Hermes ya ganó la batalla.

La osadía sigue siendo osada y la pureza, pura,  
después de todo.

El silencio de la desdicha

le hizo retroceder en su trayecto hacia ninguna parte;

se vio sin esperanza, solo y, sin mover ficha,

esperó y esperó a ver el sol de un nuevo día.

El silencio, cabizbajo, fue apagando su luz en el humedal

y, junto a la sombra de los cipreses,

esta vez, con un rugido eterno,

se fundió en un silencio sepulcral.

Y con la profundidad abismal

de un suspiro sin fondo que resbalaba entre sus manos

en un silencio eterno, acabó todo.

Por un momento

no hubo pensamiento

la nada, el vacío, todo ardiendo,

la barriga de la tierra encogida,

imágenes pasaban tan rápido y tan lento

mientras la luciérnaga y el galán de noche

intercambiaban un cuento

donde de pronto cesaba

para siempre el movimiento

y todo terminaba  
en el latir de un lamento,  
con la mirada clavada en el sentir del viento,  
que agitaba sus ala  
en su último intento.

Al final del viaje  
acudió a su encuentro  
lo arropó con sus raíces  
ante el silencio deliberado  
del que no quiere oír su propia muerte.  
Un escalofrío tembló  
ante su cuerpo inerte.

Rincones, meandros, alternativas.

silencios, duros,

palabras, frías.

Palpar la puerta ,

escondida,

Manosear,

la vida.

La muerte,

enemiga,

detrás.

Detrás la brisa

del horizonte,

detrás el hombre

detrás del nombre, de alguna rosa.

¿Es esperanza,

o es la aurora,

o la mañana

o la danza sombra de la anohecida?

En la madrugada

Sinfonías incandescentes de tormentas,

El futuro,

la vida, la mente.

Alternativas

de sueños imposibles,

de volcanes,

la mirada clara, matinal.

En los espejos,

gritos infantiles

sucio alimento de vida, de habichuelas,

la cena, la carne, la piel.

En las palabras vacías, la nada,

de miel, los miedos

y la tierra definitiva.

Solo algo quedó patente:

El letargo del silencio

que nunca muere.

Pues lo inexistente no existe

y exige la existencia del sonido.

Nunca dejes de soñar porque,  
cuando los sueños se acaban,  
solo queda la realidad.